

# Historias Acuarianas Para Niños

## La Sandía de Michael por Patsey Ellis

Había sido la mejor sandía de todo el campo. Incluso cuando era pequeñita, era tan redonda y regordeta que Michael la notó y les dijo a su papá y a su mamá: "Parece un bebé gordito, a punto de reírse".

—Si te gusta tanto —respondió su papá—, te la regalaremos. Estará madura justo para tu cumpleaños, y podrás comerla en tu fiesta.

—¡Oh, gracias, papá! —exclamó el niño, muy contento.

Después de esto, Michael cuidó la sandía con especial cariño, y los Espíritus de la Naturaleza y los animalitos que eran sus amigos también la cuidaron con especial atención. Con tanto amor, la pequeña sandía redonda creció más rápido que ninguna otra en el campo, hasta que, pocos días antes del cumpleaños de Michael, parecía estar en perfectas condiciones.

Mientras tanto, en el huerto del este, al otro lado del camino frente a la casa de Michael, los animalitos andaban en sus habituales quehaceres. Se podía ver a Ardillín, la ardilla, buscando nueces aquí y allá; a Topín, el topo, asomándose a la puerta de su casa subterránea de vez en cuando; a la señora Peluda, con sus dos gatitos rayados, buscando algún bocadito especial; y los conejitos de cola de algodón saltaban por todo el huerto.

Una tarde, dos días antes del cumpleaños de Michael, Saltarín, el conejo, y su abuelo Patiligero, junto con varios otros parientes, estaban reunidos en el campo de bayas discutiendo un problema muy importante para ellos. Desde hacía varios días estaban preocupados por las visitas nocturnas que uno de sus nuevos vecinos, el señor Anilludo Mapache, hacía fuera del huerto.

—Tres noches lo vi salir —dijo Saltarín—, y Olivo, el búho, dijo que también lo vio volver muy temprano por la mañana.

—Ciertamente no parece muy respetable estar fuera toda la noche —dijo la señora Saltarín.

El abuelo Patiligero se ajustó los anteojos y dijo:

—Bueno, querida, no debemos juzgar tan apresuradamente. Podría estar cuidando a un amigo enfermo, ¿sabes?

—Ay, abuelo, siempre tratas de ver lo bueno en todos, y por supuesto que está bien. Pero creo que deberíamos saberlo con certeza —respondió la señora Saltarín.

—Entonces, supongamos que algunos de lo sigamos esta noche y averigüemos adónde va —sugirió su práctico esposo.

—Sí, podemos hacer eso —acordó el abuelo—. Saltarín, tú y Rústico se reúnen conmigo aquí esta noche cuando la Luna se eleve sobre las copas de los eucaliptos, y veremos si está haciendo alguna travesura.

Todos estuvieron de acuerdo. Y esa noche, cuando la gran Luna redonda brillaba sobre el huerto desde arriba de las altas copas de los eucaliptos, el abuelo Patiligero y sus dos nietos se reunieron entre unos arbustos cerca del árbol hueco donde el señor Mapache había hecho su hogar.

Poco después, su nuevo vecino asomó la nariz por la puerta, miró con cuidado a su alrededor y luego se deslizó silenciosamente hacia el seto y hasta la puerta grande. Los conejos lo siguieron lo más silenciosamente que pudieron. En la puerta, el señor Mapache se detuvo a mirar a su alrededor y luego corrió rápidamente por el camino y cruzó la carretera. Allí se detuvo un momento más, mientras pasaba un automóvil con sus grandes luces parpadeantes. Luego corrió por el camino hacia la casa de Michael.

Mientras tanto, los conejos habían estado saltando a cierta distancia detrás, preguntándose a dónde demonios iría. Cuando lo vieron detenerse en la cerca del campo de sandías, se miraron unos a otros con inquietud.

—Vamos —susurró el abuelo—. Pronto veremos lo que está haciendo.

Silenciosamente, se asomaron desde las malas hierbas al borde del camino y vieron al mapache cavando afanosamente en la tierra junto a la cerca.

—¿Por qué hace eso, abuelo? —preguntó Rústico.

—Pues está cavando un agujero debajo de la cerca para poder entrar al campo —respondió el abuelo.

—Pero no entiendo cómo puede comer una sandía —susurró Rústico.

Para entonces, el señor Mapache había terminado de cavar el agujero y se había deslizado dentro del campo. No muy lejos detrás de él, cautelosos y curiosos, lo siguieron los conejos, escondiéndose fácilmente entre las hojas de las sandías.

El señor Mapache miró con atención a las sandías y de repente se dirigió directamente hacia la sandía redonda y gorda de Michael. Empujándola hacia un lado con su nariz, comenzó a rascar del otro lado. Pronto hizo un agujero hasta la dulce carne roja, y el mapache hambriento metió sus patas y sacó un delicioso bocado que devoró con evidente placer.

Los ojos de los conejos casi se salieron de sus cabezas.

—No lo habría creído —susurró el abuelo.

Los tres se quedaron sentados en silencio por un momento, sin saber qué hacer, mientras el señor Mapache seguía comiendo con avidez. El abuelo pensaba que ninguno de los otros animalitos del Jardín habría molestado algo de la familia de Michael, porque todos amaban a los animales y los trataban casi como humanos.

De repente, dijo en voz alta:

—Esa es la sandía del cumpleaños de Michael. Este robo debe cesar de inmediato.

Justo entonces, el ladrido de un perro resonó en el aire iluminado por la luna. El señor Mapache corrió como un rayo de vuelta a la cerca y a través del agujero hacia el lado de la carretera. Los conejos lo siguieron tan rápido como pudieron.

A la mañana siguiente, bien temprano, Michael, pensando en su cumpleaños al día siguiente, salió corriendo a darle una palmada cariñosa a su sandía antes de ir a la escuela. Cuando llegó al campo, apenas podía creer lo que veían sus ojos. Allí estaba el gran agujero que habían dejado las patas glotonas del señor Mapache, y las semillas estaban esparcidas por todo el suelo.

—¡Mamá! ¡Papá! —llamó Michael al verlos salir por la puerta trasera—. Vengan. Mi sandía de cumpleaños está arruinada. Tiene un agujero y las semillas están esparcidas por todas partes.

—¿Hay huellas? —preguntó su papá, acercándose a la cerca.

—Sí, las hay —respondió Michael, agachándose para mirar más de cerca.

Cuando el papá de Michael examinó la sandía y vio las huellas, dijo:

—Es una lástima, hijo, pero un mapache hizo una fiesta con tu sandía.

—¿Pero cómo pudo atravesar la cáscara?

—Pues —dijo su papá—, las patas delanteras de un mapache son casi como manos humanas y sus garras son muy afiladas. Los he visto hacer esto antes, pero no había visto ninguno por aquí desde hace mucho tiempo.

—Pero será mejor que vayas a la escuela ahora, querido —dijo su mamá—, o llegarás tarde. Traeremos la sandía y comeremos lo que aún esté bueno en la cena —añadió, mientras Michael se alejaba obedientemente.

Mientras tanto, los conejos habían tenido una reunión en el huerto y decidieron visitar al señor Mapache y explicarle lo terrible que había hecho. El abuelo Patiligero, con varios miembros de su familia, saltó hasta el árbol donde vivía el señor Mapache. Llamaron a la puerta, pero nadie respondió. Llamaron de nuevo, esta vez más fuerte.

Finalmente, el señor Mapache, parpadeando soñoliento, llegó a la puerta.

—Señor Mapache —dijo el abuelo Patiligero—, hemos venido a tener una conversación seria con usted y a explicarle algunas cosas que parece no entender.

El señor Mapache se veía sorprendido, pero dijo cortésmente:

—Muy bien. Suban al porche y tomen asiento.

El abuelo se aclaró la garganta un poco nerviosamente, miró a su alrededor el círculo de parientes y luego le habló a su anfitrión.

—Sabemos que es nuevo en estas tierras y no conoce todas nuestras costumbres, así que hemos venido a contarle sobre ellas. Verá, hay personas que son tan buenas con los animales que sus campos nunca son molestados por nosotros.

El señor Mapache parpadeó y pareció avergonzado.

—Y ese campo de sandías al que entró anoche pertenece a uno de nuestros mejores amigos —interrumpió Saltarín emocionado.

—Sí, Saltarín tiene razón, señor Mapache —continuó el abuelo—. No queremos herir sus sentimientos, pero para eso vinimos a verlo. Queremos mucho a Michael, y esa era su sandía para su fiesta de cumpleaños.

El señor Mapache miró nerviosamente sus pies. Comenzó a sentirse muy avergonzado.

—Ah, ya veo —dijo—. Bueno, señor Conejo, este vecindario me gusta más que cualquier otro en el que haya vivido, y estaré encantado de seguir sus costumbres. Y también me gustaría ser amigo de Michael. He conocido niños que no eran tan buenos con los animales.

El abuelo se acercó al mapache y le dio la mano cordialmente.

—Bueno, entonces está muy bien. Nos alegrará que te quedes aquí si te sientes así.

—¿Pero qué vamos a hacer con la sandía de Michael? —Saltarín quería saber.

Justo entonces llegó una voz alegre desde la rama de una higuera cercana.

—Creo que nosotros los Espíritus de la Naturaleza podemos ayudarlos —dijo la voz—. También queremos a Michael.

Los animalitos miraron hacia arriba, hacia la pequeña criatura sobre ellos, reconociéndola con agrado.

—Seguro que esperamos que puedas, Gnomito —respondió Saltarín—, pero tendrán que darse prisa. Mañana es su cumpleaños y no hay otra sandía en el campo que esté lo suficientemente madura para comer.

—Oh, podemos arreglar eso —dijo el Espíritu de la Naturaleza—. Todos nos pondremos a trabajar y haremos que otra de las sandías madure antes de la mañana, y ustedes pueden moverla para que Michael la encuentre justo donde estaba la suya.

¡Y eso fue exactamente lo que hicieron!

A la mañana siguiente, Michael se levantó temprano. Salió y caminó soñadoramente hacia el campo de sandías, pensando tristemente en cómo sus amigos habrían disfrutado la pequeña sandía gorda. Miró hacia el lugar donde había estado, y allí, para su asombro, estaba otra sandía gorda. Gritó emocionado:

—¡Oh, mamá, papá! Vengan rápido. Hay otra sandía igual a la mía y está en el mismo lugar.

—Eso tengo que verlo —respondió su papá.

Pero ciertamente allí estaba, y cuando el papá de Michael la golpeteó, sonó tan madura como podía serlo.

—¿Cómo demonios llegó allí? —preguntó Michael, con una gran sonrisa en su rostro.

—Oh, supongo que alguno de tus amigos la puso allí —dijo su papá de buen humor—. De todas maneras, aquí está, y ahora puedes tenerla para tu fiesta de cumpleaños.

El papá de Michael no sabía que los "amigos" estaban escondidos entre las hojas mirando. Pero eso es exactamente lo que estaban haciendo, y todos sonrieron con complicidad mientras veían la cara feliz de Michael.